

HOMENAJE AL ING. LUIS GUZMAN BARRON
CON OCASION DE CUMPLIR 40 AÑOS DE SERVICIO
EN LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

He de confesar —y esto lo sabe bien Lucho— que me produce aprehensión, si no angustia, el tener que, por razones de función, expresarme en público. Lucho y también Malulo han sido en numerosas ocasiones testigos de ese sentimiento y, generosos, han venido en mi auxilio reemplazándome. Pues bien, ésta es una de las raras ocasiones en las que sin asomo de duda y más bien animado por una gran alegría me he decidido a hacer uso de la palabra. Y no podía ser de otro modo, pues esta circunstancia es la más propicia para decir públicamente a todos los amigos de la comunidad universitaria cuán profundamente Luis Guzmán Barrón se ha enraizado en mis afectos. Debo referirme ante todo a la amistad que se ha construido entre nosotros. Desde los ya lejanos años en los que como jóvenes profesores acudíamos a las jornadas de preparación del examen de ingreso, sea en Huaychulo, Tarma o Ica, comenzó a crecer entre nosotros y también en nuestras familias vínculos que el tiempo se ha encargado de afianzar. Luis Daniel y Pedro Alfonso, nuestros hijos, en sus juegos infantiles primero y en sus inquietudes juveniles después, fueron el más claro testimonio de una relación cada vez más estrecha entre nosotros. No constituyeron obstáculos para nuestro entendimiento nuestras radicales

diferencias sobre el fútbol —aliancista él, de Universitario yo— ni por supuesto tampoco nos alejó ese desacreditado estereotipo que hacía de él un ingeniero cuadrículado y de mí un rayado humanista.

Aficiones comunes y por sobre todo un cariño compartido, honesto y profundo por la Universidad Católica, nos acercaba. Más adelante el trabajo próximo y la actitud solidaria en el seno del Consejo Universitario sirvieron para unirnos más. Sin renegar de sus calidades ingenieriles, Lucho supo acercarse a mí —gente de Letras— para revelarse en ese terreno como una persona refinada y culta, atenta a la última novela, comprometido con la actividad teatral, hábil conocedor de las grandes realizaciones fílmicas. Fuimos compañeros en tiempos difíciles para la Universidad y allí, en el Consejo Universitario, su palabra lúcida y oportuna se hizo fundamental, pues a la vez que representaba los intereses e ilusiones de su área, Lucho era lo suficientemente honesto como para desprenderse de banderías y optar por lo mejor para la Universidad cuando ello era menester. Fue jefe de la entonces llamada, no sin cierta sorna, Durapía —lo que es hoy la DARAP— y lejos de granjearse enemistades en una función delicada y compleja, hizo de su trabajo en aquella época el período en el que más amigos cosechó. Lo hizo porque en todos los casos aportó ese elemento esencial sin el cual no puede haber amistad: la comprensión del otro, el poder ponerse en una piel distinta. Fruto natural de esa actitud fue la generación de un sentimiento inmediato de simpatía que

conducía necesariamente a la apertura recíproca, a la confianza y al buen consejo.

Con el comienzo de una nueva administración en la Universidad en 1994, se abrió un renovado capítulo en nuestra amistad. Ella se ha robustecido en el día a día y se alimenta hasta hoy tanto de las alegrías surgidas frente a los avances de nuestra Universidad cuanto de las preocupaciones y pesares frente a los problemas que a veces parecen no tener una solución definitiva.

Así como retrato la historia de la amistad de Lucho conmigo, estoy convencido de que muchos otros en la Pontificia Universidad Católica del Perú podrán contar historias parecidas. Y aquí es necesario dar paso a una segunda experiencia que marca mi relación con Lucho. Ella es la del reconocimiento. No se trata de encontrarse agradecido por su amistad porque ella es, bien lo sabemos, gratuita y supone una mutua y transparente donación de afectos. Yo, y conmigo toda la Universidad Católica, nos hallamos agradecidos con Luis Guzmán Barrón por la calidad de su trabajo, por lo completo de su entrega a la consecución de los ideales de la Universidad, en fin, por la lealtad con la cual se avino a trabajar dentro del equipo de gobierno de nuestra institución. La magnitud de su compromiso se hace patente si pensamos, por ejemplo, en su constante labor como promotor en la renovación de los planes de estudio o como impulsor en la incorporación de nuevas tecnologías en la Universidad. No hay, quizás,

mejor manera de medir esa voluntad de servicio tenaz y sincera que con la simple mirada al calendario. Hoy, juntamente con el homenaje que rendimos a otros destacados colegas, celebramos cuarenta años —todo lo que dura una vida— en los cuales Lucho existió en buena medida *en, por y para* nuestra querida Universidad. Esta cumple, como sabemos, ochenta y cinco años. Pues bien, si consideramos su período de estudiante en nuestro claustro, nos daremos cuenta de que Lucho se halla vinculado con esta Casa de Estudios en más de la mitad de su historia. Ha sido, pues, testigo y actor en momentos que han resultado decisivos en nuestra marcha institucional y por ello constituye, junto con otros pocos docentes en actividad, la memoria viva y profunda de la Universidad Católica.

En verdad, querido Lucho, me alegra enormemente que hoy las autoridades de esta Casa, tus compañeros en la docencia, los amigos que has ido cosechando, es decir, todos los que integramos la comunidad universitaria, podamos reconocer y agradecerte todos esos años de dedicación y entrega. Y es tal mi alegría que ni siquiera pienso replicarte cuando, más tarde y quizá durante varios días, me comentas con orgullo esa tremenda injusticia que significó anteayer la derrota de la U.

SALOMON LERNER FEBRES

RECTOR

21 de Marzo del 2002